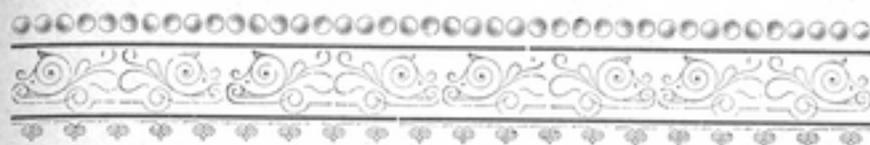


À LOS HÈROES DEL DOS DE MAYO



A LOS HÉROES DEL DOS DE MAYO

ODA

DEIDAD asoladora
que de sangrienta púrpura vestida
sobre un trono de escombros te levantas,
¿quién encendió tu espada brilladora
y encadenó los pueblos á tus plantas?

Guerra, temible guerra,
mónstruo infernal que con rugir horrendo
los diamantinos ejes de la tierra
vas por doquier, soberbia, estremeciendo.
¿Por qué con saña impía,
de ponzoña letal el alma llena,
intentastes manchar en este día
la brisa pura de la patria mía?

El hijo que en tu furia concebiste,
el que monarcas mil ató á su carro,
hollando sus auríferas coronas

como si fuesen despreciable barro;
 el que doquier dejando roja hue'la
 llevó su grey hasta el helado polo,
 hoy nuestros sacros lares atropella
 de astucia armado y execrable dolo,
 más que del fuerte acero y la metralla
 con que á los pueblos doma y avasalla.

Tremendo grito de furor resuena
 entonces por doquier; la madre España,
 que en su lecho dulcísimo dormía
 al delicioso arrullo
 de sus auras cargadas de ambrosía,
 alza la frente que el laurel sombrea,
 súbito ardor su corazón inflama,
 ¡guerra! grita y se lanza á la pelea
 cual desbordado mar que ronco brama
 y en montes por el cielo se derrama.

Armate, España, sí, que la perfidia
 su artera red á tu nobleza tiende;
 descubre la traición; ¡lidia, sí, lidia!
 tu amenazada libertad defiende.
 La hueste del intruso,
 en quien puso tu rey su confianza,
 de tus queridas prendas te despoja
 y te arranca la flor de tu esperanza
 con sin igual crueldad, hoja por hoja.
 Ve tu actitud guerrera y no se agita,
 oye al león bramar y no se aterra.
¿Quién como yo? cual el arcángel grita.
¿No encadené bajo mis pies la tierra?
¿No la herí con el rayo de la guerra?

Mas vanos contra tí del crudo Marte
 son el poder y el formidable acero;
 que el que tu bien intente arrebatarte,
 te ha de arrancar el corazón primero.
 Los héroes de Sagunto y de Numancia
 la voz escuchan con que tú los nombras,
 y á combatir con el Titán de Francia
 rápidas vuelan sus gigantes sombras,
 que de su dulce sueño postrimero
 despertaron al eco de la liza,
 y fénix del valor del suelo ibero
 vuelven hoy á brotar de su ceniza.

Al santo grito de entusiasmo patrio
 te responde el traidor con tiro aleve;
 mas el nutrido fuego y la metralla
 que entre las filas de tus hijos llueve,
 poner no pueden á su arrojo valla.
 Todos ufanos á la lid se aprestan,
 que darles fe y valor al cielo plugo,
 y con firmeza igual todos detestan
 de Francia altiva el ominoso yugo.
 Hombres, mujeres, en tropel inmenso,
 el tierno infante, el encorbado anciano,
 todos van á la lid, todos se agitan
 y en hórrido turbión se precipitan
 osados á vencer, ó á morir antes
 que vivir en cadenas humillantes.

En vano los intrusos
 con pompa militar desconocida
 ostentan de guerreros mil legiones;
 en vano con horrisonos cañones

el coloso francés airado y ciego
hace de su poder sincero alarde.
¡Hijos de España son: no hay un cobarde,
y el fuego del cañón no apaga el fuego
que en esos pechos valerosos arde!

Pero ¿ceden al fin? ¿Francia guerrera
recoge su laurel en sangre tinto
y hacinando cadáveres sin cuento
de Madrid en el lúgubre recinto
quiere escalar el alto Firmamento
sin que á sus furias haya quien se oponga
ni á su inmenso poder límites ponga?

¡Oh sombra de Gonzalo,
ven y á mi cara patria fortalece,
que á tu solo recuerdo, de sus hijos
el pecho se dilata, el alma crece!
Ceniza insigne que animó Pelayo,
álzate, vida ten, aliento cobra,
lanza de guerra el furibundo rayo,
que á tu nombre inmortal prestigio sobra
para humillar del Corso la arrogancia
y que detengan su atrevido vuelo
las poderosas águilas de Francia,
que hallan á su ambición mezquino el cielo.

Pero la España altiva
de Daoiz y de Velarde
¿envidiará valor para las lides
á aquella antigua España vencedora
que ilustran los Guzmanes y los Cides?

Nunca, no, que luchando y reluchando

mira morir á sus valientes hijos
su santo nombre firmes invocando;
y en la esfera eternal los ojos fijos,
y Dios allá en la altura,
abriendo sus palacios esplendentes,
hace ceñir, en premio á su fe pura,
la corona del mártir á sus frentes.

Sus últimos suspiros
te dan ¡oh patria! soberano aliento;
prenda sus nombres son de inmensa gloria
y es su sepulcro eterno monumento.
Otras generaciones
y otros pueblos vendrán sobre esas tumbas
á llorar en amante paroxismo
ó á encender en sus nobles corazones
la llama celestial del heroísmo.

Héroes del Dos de Mayo, vuestro ejemplo
fué para España el sol de la victoria
y las puertas la abrió del áureo templo
do inmarcesible viva su alta gloria.
Si Cádiz alcanzó bellos laureles
que eterna admirará la Historia justa;
si corona inmortal sus hijos fieles
supieron dar á la ciudad *Augusta*;
si tras la noche del dolor sombría
lució feliz un alba placentera,
llena de luz, de aromas y armonía,
digno don de la hermosa Primavera,
vosotros de esa aurora el primer rayo
sois y la flor primera de ese Mayo.

Descansad, descansad y que mi acento

no turbe vuestro sueño deleitoso;
pero si alguna vez lánguido el viento
el grito os lleva débil y angustioso
de España que oprimida
por bastarda ambición llora su pena,
vuestras tumbas romped y dad la vida
y convertid en polvo su cadena.



Un Baile



UN BAILE

BAJO los dorados techos
de un noble opulento alcázar
que entre los muros de Córdoba
su regia frente levanta,

brillante grupo de jóvenes
en pos del placer se arrastra
á los mágicos acentos
de la deliciosa danza.

Cien bellísimas mujeres
que en sus formas delicadas
sólo ostentan nieve y oro,
rosa y azabache y nacar,

sobre la bordada alfombra,
digna labor de una maga,
mueven los airosos pies,
suspensos casi en el aura.

Y parecen devorando

las armonías extrañas
que la mano del artista
al dulce instrumento arranca,

ángeles que volar quieren
al cielo, su amada patria,
y sienten en aquel punto
que se evaporan sus alas.

Una entre todas descuella
cual entre arbustos la palma,
y de todos los mancebos
arrebata las miradas.

Sol radiante es su cabello
que hebras mil de oro desata;
noche azul sus bellos ojos,
sus mejillas luz del alba.

Sus palabras seductoras
hondamente el pecho abrasan,
y sus miradas divinas
enloquecen y embriagan.

Su aéreo blanco vestido,
cual esas nubes livianas
que envuelven tímidamente
á las diosas y á las hadas,

respetando los hechizos
que Ciprina la envidiara,
deja ver el alabastro
de su pecho y de su espalda.

Cuando se adelanta altiva

y el desdén su faz retrata
y su boca de carmines
brilla con sonrisa amarga,

los tormentos del infierno
el corazón despedazan
del hombre que á verla llega,
porque verla es adorarla.

Mas si humilde se presenta
y la ebúrnea frente baja,
fingiendo ocultar el lloro
de una pasión desdeñada,

todos los tiernos donceles
que pueblan la bella estancia,
en torbellino de amores
van de hinojos á sus plantas.

Un hombre de faz morena,
cuyos vivos ojos lanzan
centellas de amor á veces
ó rápidas llamaradas

de celos y negra envidia,
nunca esos ojos aparta
de Clara, que este es el nombre
de la hermosísima dama,

á quien sigue un joven alto
y de presencia bizarra,
pronunciando cerca de ella
mil amorosas palabras.

Cesa la música luego,

cesa el baile, y ancha sala,
 en cuyo centro aparece
 por el arte preparada,

cubierta de bellas flores
 y de exquisitas viandas,
 rica mesa que en mil formas
 á los sentidos halaga,

recibe á los convidados
 y á las bellísimas damas,
 en cuyos ardientes ojos
 mil corazones se abrasan.

Y en brindis apasionados
 el fogoso amor se exhala,
 que no cabe ya en los pechos
 y deshace las entrañas.

Aves, peces, dulces, frutas
 sobre vagilla de plata
 se ostentan; hierven los vinos
 en las copas cinceladas,

y después con ardor nuevo
 siguen la música y danza,
 las hechiceras sonrisas
 en bocas que Amor inflama.

Y van y vienen doquiera
 bellísimas oleadas
 de aquel mar de oro y diamantes,
 de luces y de fragancias,

donde en peremne tormenta

los corazones naufragan
 y en congojas de ternura
 ahogadas mueren las almas,

que el vivo fulgor seduce
 de belleza soberana
 y el mágico brillo hiere
 de encantadoras miradas.

Mas, al fin, bañando el cielo
 en tintas de rosa y nácar
 y eclipsando á las estrellas,
 aparece la alborada,

esa deidad peregrina
 á quien los pájaros aman,
 que entristece los salones
 pero alegra las cabañas.

Esa deidad cuya luz
 es la luz de la esperanza
 para los hombres sencillos
 de conciencia recta y sana,

en tanto que los malvados
 huyen temblando al mirarla
 y el traidor acero ocultan
 con sus planes de venganza.

Y aquel festín ostentoso
 también como sombra vana
 disipóse á los primeros
 blandos destellos del alba.

y los jóvenes apuestos
que el regio salón poblaban
desparecieron entonces
con los nocturnos fantasmas.



EN EL ALBUM

De la Exema. Sra. Marquesa de la Corte



EN EL ÀLBUM

De la Excm. Sra, Marquesa de la Corte

UN CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

Yo anhelara en mis versos importunos
poderos elevar un monumento:
sólo me es dado referir un cuento
que dulce encanto de mis noches fué
cuando entre el blanco velo de la infancia
de mi madre en los brazos me dormía.
¡Ojalá vos no halleis, señora mía,
el sueño seductor que yo encontré!

Hace mil años que quedó en Arabia
una noble, bellísima matrona,
ostentando en sus sienes la corona
que defendiera con bizarro ardor
por la paz de sus reinos adorados.

